

RECUERDOS QUE EMOCIONAN

Ana Magro López

A mi querido y fiel amigo:

Sé que esta carta no puede llegar a ti, aún así, deseo dar a conocer las emociones que afloraron en mí gracias a tu compañía. Jugar contigo hacía que me sintiese alegre y me serenaba la influencia tranquilizadora que ejercías sobre mí. En tu amistoso contacto veía la supervivencia de una inocencia sencilla y directa.

Han pasado doce años de tu ausencia pero sigo recordándote, mi querido amigo. Fue en mis brazos donde exhalaste el último suspiro, como una queja en un lamento dolorido. Solo tenías ocho años cuando tu vida se quebró en el camino de la esperanza de prorrogarla. No llegamos a la clínica. Después, yo miraba tu cuerpo exánime y de la congoja brotó un llanto inconsolable. “Es solo un perro” me decía la familia. Me pareció ofensiva esa palabra, eras mucho más para mí.

Aunque no nos pertenecías, venías a nuestra casa alegre y juguetón, a pesar de que nos veíamos pocas veces al año: en vacaciones y algunos fines de semana. A distancia adivinabas nuestra presencia y solo volvías con tus dueños cuando te silbaban para reunir el ganado. Eras buen trabajador. La envidia de los ganaderos del pueblo. Terminabas tu labor y regresabas a tu hogar, que entonces era el nuestro. Para llegar antes cruzabas el río que en invierno llevaba el agua muy fría, casi helada. Te arropaba con cariño y mimoso correspondías a los afectos en un juego divertido.

Así pasaban los días, felices, hasta que intuías nuestra marcha. Derramabas tristeza y a mí se me partía el alma porque tenías que volver a tu penosa vida. Cambiarías la mullida alfombra para dormir al raso, enroscado en la puerta de tu casa, expuesto al frío, al agua y a la nieve. Tus comidas diarias serían “las sobras” en caso de que las hubiere y las caricias una patada si a alguien le molestase tu presencia. Cuando veía tu silueta alejarse en la carretera una desolación inmensa me invadía y quedamente sollozaba.

Recuerdo tus ojos color miel que penetraron en mi corazón. No necesitabas hablar, tu mirada cálida desprendía un manantial de sentimientos: de placer, de agradecimiento después de las caricias o de la comida, de abnegación cuando me veías con el cepillo para quitarte los pegotes agarrados a tu ensortijado pelo negro, o cuando te curaba alguna herida, no te gustaba pero bajabas la cabeza y acudías sin un quejido.

También con la mirada esperabas órdenes cuando íbamos de paseo. No te separabas de mi lado como fiel guardián. Nada te enseñé, tú eras así: dócil, inteligente, pendiente de todo. Además, huías de las peleas, eras todo bondad, mi querido amigo.

Te quise desde el primer día que te vi. Tendrías menos de un año cuando apareciste en nuestra casa con tu dueña. Me dio pena tu lamentable aspecto: sucio de barro y con el pelo enmarañado. Te acercaste con timidez a mi llamada: te acaricié, te abracé y me miraste con atención. No estabas acostumbrado. Desde entonces tu buscabas amor y a mí me llenaste de felicidad.

Tu amiga no te olvida.

PD: Nunca supimos quién te envenenó.

